



Diversión, descanso, educación continua, cultura: el batiburrillo del ocio.

José Maria Perceval

El concepto de cultura se ha quedado estrecho y hasta limitador debiendo abarcar no sólo las aventuras del saber, sino también la búsqueda de nuevos conocimientos y experiencias, la necesidad de divertirse y disfrutar aprendiendo. Para ello se necesita volver al sentido clásico, al origen semántico del término "ocio" que no es el comportamiento propio de las clases "ociosas" sino una nueva forma de concebir y gestionar el tiempo libre no laboral. Es una de las oportunidades del Congreso que plantea una ciudad abierta (educativa, solidaria, crítica y divertida): asumir el reto de un nuevo ocio.

La desvertebración cultural de Sant Cugat –que coincide no por casualidad con tantos ejes vertebradores urbanísticos– responde a una sociedad de medios culturales elevados, insatisfecha con la situación que vive, pero incapaz de encontrar medios y herramientas de comunicación con los que forzar a la administración a realizar una política coherente con sus necesidades. Una realidad en la que ambos –administración y ciudadanos– son culpables o víctimas, según se mire.

Hay que abandonar a los cenizos del "no hay nada que hacer". Las posibilidades son inmensas, incluidas las de las nuevas tecnologías, para impulsar la acción mediante la articulación, por un lado, de los clubes de presión –sin miedo a la palabra– que estimulen oferta y demanda. Por otro, de mecanismos de fidelización del ciudadano –y por tanto, una política de comunicación eficaz– para que esta nueva oferta sea rica, dinámica y adaptada a sus necesidades.

La evolución hacia el ocio ha tenido sus etapas –perdón por el tic de historiador– concentradas en tres términos: descanso, diversión y finalmente ocio.

- Descanso –1^º rebaja de la jornada laboral a finales del siglo XIX fruto de las luchas obreras por la jornada de diez horas y luego de ocho horas junto con el descanso dominical– con fuertes connotaciones religiosas recogidas paradójica, pero lógicamente, por las organizaciones sindicales que permite una alianza con los demócratas cristianos de clase media. Es el momento del "descanso", la misa dominical y el sano esparcimiento – construcción de parques públicos y moderado impulso de las fiestas populares– en este periodo se han quedado los conservadores.
- Diversión –2^º rebaja de la jornada laboral producto de las dos guerras mundiales. Se manifiesta un descontrol evidente de los políticos debido a las teorías socialdemócratas sobre el estado de bienestar que se basan en los servicios, no en la gestión del ocio y dejaron el campo libre al neoliberalismo salvaje. Este tiempo libre descontrolado provoca un posterior control policial sobre los llamados "excesos de masas" que no saben exactamente en qué ocupar realmente su tiempo libre –"los viejos se aburren y los jóvenes rompen cosas o se hacen *hooligans* con el fin de semana que ustedes han traído", le dijo un lord al representante laborista y en cierto modo tenía razón–.
- Finalmente, ocio –3^º rebaja de la jornada laboral como resultado de la III revolución industrial– ¿Estamos ya en esa nueva era del ocio? ¿Nos vamos a quedar en la tonta teoría heredada del *yuppismo* respecto al teletrabajo o vamos a planificar de verdad este espacio? Podemos perder de nuevo el reto.



Durante un siglo, el tiempo libre –periodo no laboral– ha pasado de un 30% –finales del XIX con la victoria de la semana de sesenta horas y el descanso dominical– a un 60% –semana de cuarenta horas, fin de semana inglés y posibilidad de rebaja a 35 en los próximos años–. La noción “tener cultura” se ha impuesto como necesaria, pero la deformación doctrinaria la confunde con un aprendizaje normativo. Se tienen ganas, pero no se sabe como saciarlas y el menú que ofrecen los gestores y productores de cultura es soso o directamente indigesto. Al mismo tiempo, la diversión ha dejado de ser un tabú que se practicaba pero del que no era educado lucirse. Ha dejado de estar de moda el aburrirse soberanamente en un acto cultural y hasta la misma noción sacra de “acto cultural” se encuentra en ruinas.

Aunque las capas “intelectuales” tengan ganas de romper este molde con la utópica vuelta al modelo de aquel intelectual sabelotodo, charlatán y divertido que daba consejos a los políticos del XIX –en cierto modo nuestro Congreso recupera ese encantador ambiente–, chocan con la realidad de una administración funcionariada y la inercia de unos grupos intelectuales que prefieren aburrirse antes que realizar un esfuerzo.

Conclusión: Sant Cugat presenta una enorme población de productores de cultura y elites cultivadas que terminan divirtiéndose –en número de horas– o aburriéndose lo mismo que las criticadas masas consumidoras y con la misma insatisfacción que éstas ante un tiempo libre mal gestionado.

¿Es posible reconquistar el concepto adecuado de ocio? El filósofo romano y estoico Séneca planteaba un ocio productivo: disfrutar aprendiendo para subir un escalón en el conocimiento y apreciar más la obra cultural nueva –es decir, disfrutar aun más–. Esta utopía se puede recuperar en la llamada “educación de la mirada”.

Son los medios de comunicación locales –uniendo las redes de asociaciones de la sociedad civil– los que deben y tienen una magnífica oportunidad de gestionar este ocio –oportunidad que se ampliará con el despliegue de la televisión por cable, verdadera televisión con espíritu de radio visual local– y a crear un verdadero sentido de comunidad.

Entre la globalización y el teletrabajo, los medios de comunicación local sustituyen la plaza pública y el ágora. No se trata de buscar una esotérica identidad de Sant Cugat sino conformarla cada día al mostrar la riqueza plural de su comunidad que, de momento, no encuentra redes comunicacionales apropiadas para relacionarse enriqueciendo su ocio –y haberlas haylas–.

Sant Cugat cuenta con todas las posibilidades de integrar una rica comunidad local de la nueva red urbana europea. Una riqueza cultural que manifestará en su ocio cotidiano para el que necesita reconquistar la calle, desplegar una red de clubes y asociaciones abiertas y, finalmente, adecuar el Centro Cultural a ser, como su propio nombre indica, el pivote alegre de esta transformación y no sólo el ara de la celebración sacra –por muy interesante que esta sea–.

Sant Cugat ciutat oberta –educativa, solidaria y divertida– se debe a sus ciudadanos pero sin caer en el espontaneísmo, se puede incentivar la vida común.

- Nuestra fantástica asociación de microhistoria debe impulsar la colocación de carteles en casas, calles, rincones y caminos –no solo el casco urbano– contándonos cosas. Asimismo proponer listas de nombres coherentes para las calles que nos hagan salir de los estúpidos y anodinos nombres de las urbanizaciones y de los que nos trae el jacobismo uniformizador –los abades del monasterio o las partes arquitectónicas del mismo (bienvenido el carrer rossasa o el carrer apsis)–. Los nombres de las plantas locales o los cultivos que rodearon Sant Cugat, los árboles que se plantaban en sus jardines... con la tradicional pero revolucionaria idea de que la originalidad da la identidad y no al revés–.



- Postes informàtics con pantallas para uso ciudadano –situados en los bancos y caixas pero también en otros comercios de nuestra dinámica associació de botigers–. Los soportes que ya se están instalando en otros ayuntamientos constan de un menú de información y la posibilidad de dejar mensajes, enviar e-mails... Estos postes no deben ser el vocero oficial unidireccional –la información institucional necesaria al mínimo para no aburrir hasta las piedras– sino activadores de la comunicación entre ciudadanos. Información sí, pero sobre todas las actividades de ocio –diversión, educación, cultura–, farmacias y horario de misas pero también mapas de visita a Sant Cugat y rutas a pie por Collserola...
 - La constitución de una comisión independiente de comunicación formada por los profesionales que trabajan localmente y los que viven para activar una red de dinamización y gestión del ocio con vistas a la interconexión de todo el conjunto prensa-audio-visual apoyado en el nuevo soporte internet.
 - La constitución de un “Teatro Estable” que nos haga salir del escaparatismo actual de la política del Centro Cultural –con la vieja política de “mejor enséñale a pescar que dale un pez para comer por mucho que sea rodaballo”. Y si no que se monte fuera del cotarro en una sala más manejable como la de la Unió.
 - La impulsión de una red que agrupe a todos los interesados en el ocio –diversión, cultura, formación continua– para constituirlo en grupo de presión que dirija la política informativa –y no a la inversa como sucede ahora–, que regule la gestión de este tiempo libre y descubra que caminar juntos es mejor que competir por separado.
 - Finalmente, la conexión de la experiencia de Sant Cugat con otras pequeñas ciudades del mundo que tengan parecidas características socioculturales con vistas a trasvasar ideas y aportar los resultados de las experimentadas.
-